

AURA

Hace falta comprender el simbolismo de esta novela de Carlos Fuentes para poder juzgarla correctamente, para no hablar de ella únicamente como un relato ficticio y confuso cuyo final resulta incomprensible, sino para apreciarla como un proceso de reencuentro con la historia en el que fuerzas como el destino y la hechicería permiten a los protagonistas vivir dos épocas de sus vidas a un mismo tiempo, ver su esplendor y su decadencia, su vida y su muerte. Cuatro personajes y un conejo pueden ser reducidos a dos en la medida en que se entiende que uno no es más que un desdoblamiento del otro que permite ver el lado inverso de su historia. El general Llorente revive en Felipe, Consuelo se representa en Aura y realiza en ella su ideal de juventud eterna y el espejo de Aura es el conejo de la anciana, siempre silencioso, devoto, misterioso.

Lees ese anuncio: una oferta de esa naturaleza no se hace todos los días. Lees y relees el aviso. Parece dirigido a ti, a nadie más. Felipe Montero decidió entregarse al destino que el periódico le había dado esa mañana. El protagonista de 27 años se desplazó desde un espacio exterior, en el que prevalecían las apariencias superficiales y las máscaras –el de la moderna Ciudad de México, cotidiana – hacia otro espacio interior y central, en el que habría de descubrir una realidad oculta: la Ciudad de México colonial, histórica, representada por la calle Donceles, en la que se encontraba la casa de la anciana Consuelo, con el número 815. Analizando la simbología del suceso, se observa una regresión en la que el pasado, del que es portadora la vieja, se apoderó del presente, representado por el joven historiador. Pero el pasado es eso, el pasado, y su peso, la vida que llevaba a cuestas, impidió que la juventud o las hechicerías lograran revitalizar el encierro o esclarecer la penumbra terminando así por apoderarse de Felipe.

Conoció a Saga, el conejo, sin imaginarse cuánto llegaría a enamorarse de él, de Aura:

- *Saga, Saga. ¿Dónde está? Ici, Saga...*
- *¿Quién?*
- *Mi compañita.*
- *¿El conejo?*
- *Sí, volverá*

...

- *Le dije que regresaría*
- *¿Quién?*
- *Aura, mi compañera, mi sobrina.*

En ese momento se enamoró de sus ojos verdes, y en adelante fue más grande su preocupación por sacar a esa mujer del jugo de su tía que su interés en los aburridos relatos del general Llorente que debía traducir.

En el primer folio de los manuscritos relataba hechos pasados: su infancia, los estudios militares en Francia, la amistad con el duque de Morny, con el círculo íntimo de Napoleón III, el regreso a México con el estado mayor de Maximiliano, las ceremonias y veladas del Imperio, las batallas, el derrumbe, el Cerro las Campanas, el exilio en París... aventuras militares que habían sido contadas numerosas veces ya por otros. Era sin embargo la presentación de un pasado que le pertenecía, era recuperar una identidad perdida por el paso del tiempo.

El segundo folio le fue entregado inmediatamente después de que Aura lo hubo declarado su esposo, tras irrumpir en su recámara y poseerlo durante su sueño. Tan súbitamente como Aura, apareció entonces Consuelo en los relatos de las hojas amarillas. Era entonces una joven de 15 años, cuyos ojos verdes fascinaban al general, constituyéndose, según él mismo afirmó, en su perdición. La narración del general

informaba que Consuelo practicaba la tortura de gatos, lo que ella justificó ante su marido como un recurso para: "*rendre notre amour favorable, par un sacrifice symbolique*". El general se refirió también al inmenso orgullo que tenía Consuelo de su belleza, que podría llevarla a cualquier extremo:

Siempre vestida de verde. Siempre hermosa, incluso dentro de 100 años. Tu es si fiére de ta beauté; que ne ferais-tu pas pour rester toujours jeune?

Los hechos corrían paralelos en la casa de Donceles; coincidía la quema de los gatos con los que vio Felipe arder en llamas; el embrujo de los ojos verdes de Consuelo, con la influencia incontrolable que ejercían los de Aura en el joven e incluso fue testigo de la veracidad de la predicción del general tocante a la belleza de su mujer: cien años después seguía igual de hermosa, sólo su nombre había cambiado... *Sabes, al cerrar de nuevo el folio, que por eso vive Aura en esta casa: para perpetuar la ilusión de juventud y belleza de la pobre anciana enloquecida.* Nunca supo que al declararle su amor a la joven, lo hacía también a la anciana, que amar a una era amarlas a las dos:

- *¿Me querrás siempre?*
- *Siempre, Aura, te amaré para siempre.*
- *¿Aunque envejezca, aunque pierda mi belleza, aunque tenga el pelo blanco?*
- *Siempre, mi amor, siempre.*

Abres los ojos... las dos te sonríen, te agradecen. Recostado, sin voluntad piensas que la vieja ha estado todo el tiempo en la recámara; recuerdas sus movimientos, su voz, su danza, por más que te digas que no ha estado allí. Se había acostado con una doble identidad y debía comprobar la autenticidad de su amor, de su pasado juramento, debía amarlas a las dos, quererla aunque envejezca, aunque pierda mi belleza, aunque tenga el pelo blanco.

El tercer folio de las memorias no le fue entregado a Felipe, sino que él lo sustrajo de la habitación de la anciana después de que, sugerentemente vestida de novia, ésta le comunicó que permanecería todo el día fuera de casa. Esa noche la pasaría con Aura en la recámara de Consuelo habiendo revelado ya el gran secreto de la relación que existía entre su identidad y la del narrador de los manuscritos y entre esos dos pares de ojos verdes que habitaban la casa. Fue gracias a unas fotos en las que de pronto el general Llorente no era más el general sino el historiador y Consuelo de pronto dejaba de serlo para convertirse en Aura... El descubrimiento tuvo un efecto destructor sobre los pilares que sustentaban la realidad de Montero, de repente el tiempo y las épocas se revolvieron, la confusión lo invadió y una sensación de ser producto de la nada insistía en apoderarse de él con terquedad:

caes agotado sobre la cama, te tocas los pómulos, los ojos, la nariz, como si temieras que una mano invisible te hubiese arrancado la máscara que has llevado durante 27 años: esas facciones de goma y cartón que durante un cuarto de siglo han cubierto tu verdadera faz, tu rostro antiguo, el que tuviste antes y habías olvidado... No volverás a mirar tu reloj, ese objeto inservible que mide falsamente un tiempo acordado a la vanidad humana, esas manecillas que marcan tediosamente las largas horas inventadas para engañar el verdadero tiempo, el tiempo que corre con la velocidad insultante, mortal, que ningún reloj puede medir.

Fue así como esa noche se acostó con Consuelo y la llamó Aura aunque sabía que era la anciana, sentía su flacidez, veía su pelo blanco. Ella lo necesitaba, sin embargo, para mantener a Aura a su lado, para sentir por más de 3 días la ilusión de volver a ser joven y hermosa:

- *Ella no regresará.*
- *¿Nunca?*
- *Estoy agotada. Ella ya se agotó. Nunca he podido mantenerla a mi lado más de tres días.*
- *Aura...*

...

- *Volverá Felipe, la traeremos juntos. Deja que recupere fuerzas y volverá.*

Aura es una novela de misterio, de incertidumbre. Esa casa de Donceles que encierra tantas interrogantes que se esconden en su oscuridad, esas fantasías que alberga, la carga de recuerdos que soporta provocan un ambiente tenso que se acentúa con la narración en segunda persona. Todo es la simbolización del conflicto interno con el que Consuelo debe lidiar día con día; ese no querer vivir el presente sino estancarse eternamente en el pasado o de lo contrario someter a los demás a sufrir su desventura y a ser víctimas de las constantes burlas del tiempo. Ella lo odia, odia al tiempo por haberle arrebatado su belleza y logra que Felipe sienta un gran desconcierto hacia él también; sin embargo es probablemente a lo único que como seres humanos estamos destinados: a ser víctimas del paso de los años, de las horas, incluso de los minutos, y debemos aceptar nuestra absoluta incapacidad de detenerlo, de evitar que nos arrebate de las manos lo que con él se va, los momentos, las personas, las historias. Siempre quedarán nuevas épocas que vivir, etapas para madurar, cambios que enfrentar y nosotros nunca dejaremos de viajar por el tiempo, simplemente porque es un medio para transportarnos por el largo camino de nuestro desarrollo espiritual.

AURA

De Carlos Fuentes

ENSAYO

30 de marzo de 2000

Aura, Carlos Fuentes. pag. 1

IBID p.p 18, 19

IBID p. 41

IBID p. 42

IBID p. 49

IBID p. 50

IBID p. 59

IBID p.p. 61, 62